# UN REPASO A LA BIBLIOGRAFÍA DE APARICIO SARAVIA

**CARLOS DEMASI**

Visto en la perspectiva de un siglo, la figura de Aparicio Saravia parece dominar el escenario no solamente desde el partido en que militó sino en toda la dimensión de la política nacional. Sin embargo, es interesante observar que la memoria de Saravia ha tenido altibajos, momentos de caída y otros en los que su figura adquiere mayor presencia en la memoria. También aparecen modificaciones en la descripción del personaje: su personalidad presenta características "nuevas" con la incorporación de aspectos que no eran mencionados antes, y que no aparecen apoyados en ningún documento verificable. En este artículo se intenta repasar las líneas generales de ese recorrido, y comentar los abordajes propiamente historiográficos de su figura, tomando por base aquellos libros que incluyen toda la actuación de Aparicio Saravia o que abarcan en su conjunto a las revoluciones uruguayas que lo tuvieron por jefe.

## a) La construcción de una biografía.

Aparicio Saravia se hizo visible por primera vez en la historia uruguaya a fines del año 1896, cuando realizó un frustrado intento revolucionario que no logró reunir a la mayoría de los nacionalistas de la oposición, y terminó internándose en Brasil al cabo de pocos días de iniciadas las operaciones. Pero pocos meses después, la revolución de 1897 marcó el comienzo del firme ascenso de su figura dentro del Partido Nacional; en el lapso de pocos meses pasó de ser (en marzo) un colaborador espontáneo del movimiento y jefe de una fuerza casi auxiliar, a transformarse en la primera figura al encabezar (en agosto) un golpe contra la Junta de Guerra circunstancialmente presidida por Duvimioso Terra. Esta transformación, que marginó a muchos dirigentes del partido, no dejó de despertar resquemores contra un caudillo que aparecía como un recién llegado que cosechaba los laureles a costa del esfuerzo ajeno.

Pero, en un proceso de rápida construcción de la memoria, los acontecimientos de 1897 también permitieron recomponer la experiencia de 1896 mostrándola no como un intento frustrado, sino como el preámbulo del gran movimiento del año siguiente. Uno de los primeros relatos de aquel episodio fue el que publicó Joaquín Muñoz Miranda con el título "La Revolución de los Comicios" en la revista "La Alborada", que Constancio C. Vigil editaba en Montevideo desde marzo de 1898. Esta serie comenzó a aparecer el 24 de abril de ese año y se prolongó con interrupciones por varios meses, hasta febrero del año siguiente; sugestivamente, a partir de cierto momento la serie fue acompañada de otra, "Colazos de la Revolución de los Comicios" donde el autor replicaba a corresponsales que cuestionaban su versión de los acontecimientos. Finalmente dejó de aparecer la serie y sus "Colazos...". Es interesante ver que en este relato todavía la figura relevante es Eduardo Acevedo Díaz, ("...nuestro segundo Bernardo Berro") mientras que Aparicio Saravia es introducido sin mayor preámbulo: "El señor Sergio Muñoz... [fue a] saludar y visitar tanto a Chiquito como al general Aparicio, que pocos meses antes llegara de la contienda riograndense." Según este relato, Sergio Muñoz habría sido quien inició los contactos nacionalistas con Aparicio: luego de escuchar los relatos de éste sobre la campaña de Río Grande, Muñoz le habría comentado "la situación política de nuestro país y la necesidad de derrocar al funesto gobierno del analfabeto [sic] Juan Idiarte Borda". A ese avance, Aparicio habría contestado:

> "...por ahora no quiero inmiscuirme en nada [...] porque no quiero despertar sospechas en el gobierno". Esta reunión habría ocurrido el 25 de mayo de 1896. Poco tiempo después, el 9 de agosto, se habría producido otra reunión, donde finalmente Muñoz habría logrado vencer la reticencia de Aparicio, que permaneció "siempre negándose a dar su nombre, hasta que Muñoz consiguió demostrarle acabadamente lo que esperaba y lo que deseaba de él nuestra gloriosa colectividad política. [...] Las frases de Muñoz, consiguieron, no encuadrar precisamente en la corriente revolucionaria al general Aparicio, puesto que éste era más revolucionario que nadie, sino el abierto concurso del jefe nacionalista. ["La Alborada", Nº 6, págs. 3 y 4]

Esta temprana imagen del caudillo es sugestivamente lacónica; el autor no se preocupa por los antecedentes sino que lo presenta como un centro de poder, válido por sí mismo. Por otra parte, la actitud de un Aparicio reacio a dar su concurso al movimiento revolucionario es poco

frecuente en la bibliografía posterior, que ha preferido mostrarlo como empeñoso organizador de la revolución. Luis A. de Herrera, en "Por la patria"[1] lo presenta así, animoso por reanudar el combate:

Hecha la paz de manera honrosa [*se refiere a la revolución riograndense*], Saravia huyendo de los agasajos de la popularidad, vuelve a su estancia para dedicarse al cuidado de sus intereses abandonados; pero dominado por el insigne ideal que fascina su inteligencia, ofrece antes al Directorio del Partido, el concurso de su persona. Él, está siempre pronto a cumplir con su deber. [Herrera: I, 75]

En este primer momento, las actitudes y comportamientos de Aparicio todavía son objeto de críticas, desde las más sutiles como las que deja caer E. Acevedo Díaz, hasta la artillería pesada que le descarga Florencio Sánchez en sus célebres "Cartas de un flojo". Herrera se siente obligado a aclarar que ha repasado los antecedentes de Aparicio para aclarar que "el general Saravia no era un aventurero, ni un advenedizo, ni un cabecilla de disensiones vulgares, cuando entró a actuar entre los suyos" [Herrera: I, 76]

Debe entenderse que la imagen de Aparicio es aún la de uno de los jefes más destacados dentro del Partido, pero no alcanza la preeminencia que se le concederá luego de 1903, y sus antecedentes en la política partidista no aparecen muy claros a pesar del entusiasmo de Muñoz Miranda y de Herrera. En cambio, ya en 1903 y 1904 la figura de Saravia es la que se destaca nítidamente dentro de su partido: Roberto J. Payró, enviado desde Buenos Aires para cubrir el movimiento de 1903, lo señala como el jefe principal del Partido[2], una realidad que se imponía a sus ojos ya que hablaba de un caudillo que a su sola convocatoria había logrado concentrar varios miles de partidarios en Nico Pérez. Este episodio podía interpretarse como una revancha personal del episodio de 1896, y también como la consagración definitiva de su liderazgo: luego de las profundas convulsiones vividas por el Partido Nacional desde 1897, de las cuales la más reciente era el episodio sin precedentes de la expulsión de E. Acevedo Díaz, la reunión de Nico Pérez significaba un voto de confianza de todos los partidarios. Por otra parte, también para muchos de éstos la convocatoria representaba la oportunidad de rehabilitar los pergaminos partidarios luego de la caída del colectivismo y la virtual desaparición del grupo de los "asequibles".

Javier de Viana, en "Con Divisa Blanca"[3] (publicado cuando todavía se desarrollaba la lucha en el Uruguay), continúa la línea de exaltación personal del caudillo que sigue Luis A. de Herrera (más justificable en el caso de Viana si se piensa que está haciendo propaganda revolucionaria), pero no se extiende en la descripción de los antecedentes. Aquí se lo presenta como el jefe indiscutido del partido y de la revolución, ya unificados en un solo conjunto: ha desaparecido la posibilidad de ser blanco y no ser saravista.

Sin embargo, este liderazgo debe superar pruebas difíciles: Saravia no es un talento militar[4], y algunos episodios de la revolución de 1904 muestran sus dificultades para aceptar que debe modificar sus decisiones en circunstancias imprevistas, tal como ocurre en la batalla de Paso del Parque. Javier de Viana todavía se encontraba integrando las huestes revolucionarias (aquejado de problemas de salud, se fue a Buenos Aires a fines de marzo) y relata la batalla con detalles: en esta situación la imprevisión de Saravia es notoria, pero el cronista prefiere subrayar su arrojo y su entereza en el combate y la retirada, y de esa manera ahorrarse las explicaciones de las causas de la derrota:

Las carretas del parque, los carros y carruajes con heridos, hacían más formidable el atascamiento, hasta llegar un momento en que era imposible avanzar, en que la confusión estaba cercana al pánico. En ese momento apareció allí el general Saravia. Su sombrero blanco no tenía ya forma ni color; su poncho blanco estaba maculado por el lodo y la pólvora; sus ojos buenos tenían una dura expresión imperativa; sus labios temblaban, su pequeña mano morena tenía nerviosidades amenazantes. Cuando apareció por allí, fue como si hubiese aparecido el sol en un día nublado. Fue un grito formidable:

–"¡Viva el general Saravia! ¡Viva el Partido Nacional!"

El caudillo, sin hacer caso a los vítores, espoleó su caballo, se lanzó al vado y exclamó con acritud:

–"¿No tienen vergüenza de disparar así, como si estuviésemos derrotados? Afuera todo el mundo y que nadie pase mientras no haya pasado el parque. […]

Aquella voz produjo un efecto mágico […] ¡El general estaba allí! [Viana: 162-163]

El infortunado final de la revolución de 1904 provocó una larga pausa en la bibliografía sobre Aparicio Saravia. Por varios años dejan de aparecer libros sobre su figura o sobre sus hazañas; las evocaciones se limitaban a los aniversa-

rios, y aún entonces resultaba difícil encontrar palabras para delinear su figura. Recién en 1920 se escribe la primera biografía de Aparicio Saravia, y su autor será un periodista y militar colorado, José Virginio Díaz[5]. Aunque las pretensiones científicas muy al tono de la época pueden deteriorar un poco la calidad del relato, la información que aporta Díaz es de primera mano y tiene mucho valor testimonial: el autor se encarga de señalar que ha sido el único periodista que recorrió varias veces el territorio de los Saravia entre 1897 y 1904 y que compartió con el caudillo muchas confidencias y conversaciones "mano a mano". El valor de su testimonio aparece subrayado por la inclusión, por primera vez en libro, de las cartas que intercambiaron Aparicio y Basilisio durante la campaña de 1897 y que Díaz había publicado en la prensa en 1903.

Este curioso aporte de un colorado (que militó en contra de Aparicio en las revoluciones y que anota varias puntas críticas en su relato) no fue respondido por ninguna biografía de origen nacionalista, a pesar de que los tiempos parecían propicios: en enero de 1921 fueron repatriados los restos de Aparicio Saravia e inhumados en Montevideo; y además de la publicación del libro de Díaz, al año siguiente apareció la "Crónica de Muniz" de Justino Zavala Muniz. Aparentemente la única publicación que se realizó en esa oportunidad fue la reedición de la crónica de Javier de Viana[6]. Hay que esperar hasta 1942 para que aparezca la primera biografía de Saravia escrita por un integrante de su propio partido, la "Vida de Aparicio Saravia" de José Monegal[7].

En su relato Monegal continúa esa forma de hagiografía laica iniciada por Herrera, donde Aparicio ocupa el centro del escenario y es el que concede sentido a los acontecimientos: de su lado está "lo bueno" y "lo justo", por lo que la discrepancia con el caudillo coloca a cualquiera en el polo negativo del relato. Aparentemente es Monegal quien construye la historia de la participación de Aparicio en la revolución de 1870[8], vinculándola con el relato de su huida del colegio de Montero Vidaurreta en Montevideo (este relato se encuentra en el libro de J. V. Díaz, pero no había allí ninguna referencia a la incorporación de Aparicio a la revolución)[9]. Importa señalar la oscura reseña de la conjuración que realizaron algunos caudillos blancos para matar a Aparicio, que califica de "proceso de pensamientos y de acciones, silencioso, subterráneo, siniestro". Monegal declara haberlo extraído de los archivos de Saravia pero que resume en líneas generales sin aportar nombres, argumentando:

Nombres y apellidos de magnífica resonancia aquellos, antes y después del caso, ¿para qué ponerlos aquí? La tristeza que nos daría al escribirlos sería muy grande. Esos nombres y apellidos tienen propios fulgores en la ancha corriente de las revoluciones de Aparicio. Quizás por eso, por ese noble y amplio agradecimiento que el caudillo guardaba como una de sus más preciadas prendas, él no quiso desdorarlos llevándolos a la conciencia pública. Menos, pues, podemos hacerlo nosotros. [...]

Todos saben de él. Sin embargo, no aparece en las crónicas que hablan del caudillo. Se ha callado por delicadeza, por afecto, por discreción, hasta por temor quizá. El mismo Saravia trató de que cayera en el olvido. [Monegal: 441]

Corresponde decir que pocas veces aparece explicitado con tanta sinceridad el ocultamiento de información (que también implica distorsiones: muy probablemente Monegal en su libro dispense elogios por su lealtad a esos mismos nombres).

La biografía de Monegal coincide en la fecha con la que Manuel Gálvez publica en Buenos Aires[10]; pero luego transcurren casi 15 años de silencio biográfico, solo interrumpidos por el libro de González[11]. El impulso editorial se recupera en 1956 cuando aparecen dos nuevos libros, el de Nepomuceno Saravia García[12] y el de Luis Ponce de León[13]; ambientado sólo en parte por la inauguración del monumento a Saravia en Montevideo (recuérdese que la repatriación de los restos en 1921 no activó ningún reflejo editorial entre los nacionalistas). Nepomuceno Saravia utiliza buena parte del material del archivo de su padre, y aunque presenta a su libro como las "Memorias...", estrictamente puede leerse como una autobiografía por el carácter testimonial de casi todo el relato, y por su prolongación en un capítulo ("Relatos posteriores a 1904") donde habla de sus opciones políticas y donde también critica fuertemente a Luis A. de Herrera por sus actitudes posteriores a 1930.

Por su parte, Ponce de León es el primero que pone la preocupación por "la libertad de sufragio" en el centro de la acción bélica de Saravia: téngase presente que tal aspecto no había sido reivindicado anteriormente: un comentarista tan benévolo como Herrera, apenas lo señala cuando enumera las ganancias de la Paz de 1897:

Puso cimiento sólido a la felicidad de todos los orientales imponiendo el gobierno de coparticipación.

Preparó la regeneración, tan indispensable,

de la clase militar al poner en ridículo a los más soberbios representantes del sistema cuartelero.

Ha decretado la efectividad del sufragio libre.

Demostró el poder incontrastable de la opinión.

Salvó el honor de una soberanía a punto de naufragar.

Ha determinado, al palidecer la verdad de los asertos constitucionalistas […] la robustez de las causas adversarias, que promete intervención eficaz en la política nacional a los ciudadanos honestos.

(Siguen) [Herrera: II, 386].

José Monegal parece ser el primero que destaca ese aspecto, repasando la correspondencia de Saravia:

Desde las notas dirigidas al general Saravia en la ruta guerrera; desde sus proclamas hasta los textos de todas las tratativas de paz y del pacto definitivo, es interesante destacar la 'terquedad' [*sic*] constante de algo fundamental que movió a la revolución: 'Reforma de la ley electoral en vigencia actualmente' […] Si cierta y alguna libertad tenemos hoy, esa libertad comenzó en el 96. [Monegal: 290-291]

Pero a pesar de sus palabras, no aparecen referencias al reclamo de reforma de la ley electoral (ni en las proclamas, ni en la correspondencia de Saravia) anteriores a la negociación que emprendiera José P. Ramírez en agosto; y en este caso corresponde al negociador la primera referencia a las garantías del sufragio que vemos reaparecer luego, transcripta textualmente en la respuesta de los jefes revolucionarios. Aún Nepomuceno Saravia señalaba a la concesión de Jefaturas como el mayor logro del acuerdo de 1897[14].

Con la única excepción de un breve trabajo de Reyes Abadie[15], casi veinte años pasaron antes de que aparecieran dos nuevas biografías de Aparicio Saravia: la que publicó Alfredo Castellanos en 1975, y la de Mena Segarra, de 1977[16], y éstas pueden considerarse las últimas "biografías de autor" hasta el momento. En su libro, donde desde la primera página proclama su "fervor saravista", Castellanos[17] compila fragmentos de obras anteriores con testimonios de época (generalmente artículos periodísticos); arma un relato muy concentrado que se prolonga hasta la repatriación de los restos del caudillo, donde Saravia ocupa permanentemente el centro de la escena: poco lugar queda allí para la descripción de "su tiempo". Mena Segarra[18] por su parte, construye un relato más general donde dedica más espacio a los acontecimientos de la época y que incluye una muy interesante descripción de los aspectos de la montonera[19]. También en este caso, sin embargo, Aparicio Saravia es el centro de toda la explicación y el eje de sentido del relato: oponerse o discrepar con Saravia es ponerse "del lado equivocado", pero si se trata de Acevedo Díaz, entonces siempre es criticable aunque esté de acuerdo con el caudillo. Repasando la crisis interna de 1901, dice Mena:

Las relaciones entre la autoridad civil y la militar dentro del Partido Nacional llegaron así a su punto más bajo. El caudillo, que se consideró engañado, interpretaba auténticamente la desilusión de las masas partidarias [sic]. ¿Tanto pelear por la libertad del sufragio para después no atreverse a ejercerla? Muchos de sus correligionarios opinaban que no valía la pena inscribirse, si después los resultados electorales se habrían de decidir entre bastidores. El partido se desfibraba a ojos vistas, con los sucesivos Directorios cada vez más aislados y la propaganda de Acevedo Díaz fomentando las discrepancias y dando base con su personalismo a las acusaciones de que pretendía erigirse en dictador del nacionalismo. [Mena: 128]

Téngase presente que en aquella crisis, Acevedo Díaz opinaba, como Saravia, que el Directorio debía ponerse en una posición más firme frente al gobierno y no aceptar una transacción que limitaba sus posibilidades electorales. Correlativamente, la conspiración de los jefes saravistas para asesinar al caudillo, que Monegal calificaba como una conjura de "pensamientos y de acciones, silencioso, subterráneo, siniestro", aparece muy amortiguada tal vez por la visión filocaudillista que la historiografía uruguaya ha desarrollado desde la aparición de la "Historia de los partidos políticos":

En esas circunstancias [1902] se esbozó una vaga conspiración –que, según parece, tomaría más cuerpo en 1903–, orientada por algunos elementos blancos de Cerro Largo y tendiente a lanzarse a la revolución aún sin el consentimiento del General. Este la habría disipado a puro coraje, actuando directamente sobre los descontentos, quienes, por otra parte, lo acompañaron en 1904. [Mena: 128]

Por otra parte, Mena es el único biógrafo de Saravia que percibe la contradicción entre el reclamo de "sufragio libre" y la concesión de Jefaturas Políticas a los revolucionarios. Téngase en cuenta que éstas concesiones implicaban el triunfo electoral del nacionalismo en esos Departamentos, y que fueron concedidas aparentemente por

razones estratégicas y sin consultar la opinión de los ciudadanos involucrados.[20] Mena resuelve así esta contradicción:

Importa en este comentario destacar el significado instrumental, de medio y no de fin, que debe atribuirse a esta conquista. […] Las jefaturas concedidas en la paz del 72 (cuatro en trece departamentos) servían para que el Partido Blanco alcanzara representación en el Parlamento, pero ahí agotaban sus posibilidades. Las del 97 (seis en diecinueve, la misma proporción) cumplían el rol de "posiciones de fuerza" desde las cuales el partido y su caudillo vigilarían, arma al brazo, el cumplimiento de las condiciones que le permitirían aspirar al poder por la vía electoral. […] Cuando fuera una verdad el igualitario acceso a las urnas de todas las colectividades cívicas; cuando la evolución de la conciencia democrática hiciera admitir la rotación de los partidos en el poder, habrían perdido su razón de ser las jefaturas blancas [Mena: 76 y 77]

Es interesante señalar que Mena siempre usa el plural para referirse a "los partidos de oposición", y en algún caso habla de "la masa ciudadana, que por medio de los *partidos existentes o por fundarse* tendría desde entonces la posibilidad de ver representadas sus diversas tendencias en los organismos electivos" [Mena: 74. Énfasis mío], sin reparar que el artículo 2º del Pacto de la Cruz establece preceptivamente "el sistema de voto incompleto" como mecanismo de representación, lo que abre espacio solamente a *la minoría* mayor y excluye al resto. Aun cuando se refiere a la ley electoral de 1898, Mena señala que otorgaba "dos tercios a la mayoría y un tercio a la minoría", pero igualmente considera el "enorme progreso democrático" de esta ley que suministra "representación regular *a las minorías*" [Mena: 119 y 120. Énfasis mío]

## b) El momento de la historiografía.

No es habitual el tratamiento historiográfico de la figura de Saravia; generalmente se lo pasa rápidamente como un agente más de las convulsiones que le tocó protagonizar, ya sea con mirada crítica como la de Eduardo Acevedo (desde la perspectiva de la antinomia civilización-barbarie, Saravia se instala cómodamente en el segundo de los polos), o con una postura más tolerante como la de Pivel Devoto, que considera a los caudillos como los auténticos exponentes del sentir de las masas populares.

Para hacer un análisis historiográfico de la figura del caudillo blanco que lo aparte de la dimensión partidaria, es necesario incluirlo en un marco conceptual diferente que permita explicar su peripecia sin caer en apoteosis heroizantes ni en visiones cerradamente negativas. En este sentido pueden señalarse dos intentos importantes de incorporar a la figura de Saravia y las revoluciones que los tuvieron como protagonista: el Tomo IV de la "Historia rural del Uruguay moderno" de José P. Barrán y Benjamín Nahum, y el más reciente de John Ch. Chasteen.

El libro de Barrán y Nahum[21] significó para la historiografía el primer intento de explicación de las revoluciones desde una perspectiva estructural (el ensayística había fatigado el tema en las primeras décadas del siglo XX), presentándolo como la última expresión política de las profundas transformaciones sufridas por el medio rural durante medio siglo. Desde esta perspectiva, la modernización (concebida en general como un proceso de racionalización de la actividad económica, de las relaciones sociales y de las ideas predominantes) habría impactado de manera desigual en la realidad rural uruguaya donde si bien incrementaba la rentabilidad de la ganadería, marginaba a núcleos importantes de población rural. Barrán y Nahum establecen así la vinculación:

Fue la vida política la que permitió la manifestación de la crisis en la sociedad rural, crisis latente desde el cercamiento, pero que no había estallado por falta del adecuado encuadramiento político a nivel nacional (en los partidos tradicionales). Y fue un hecho de la vida económica –el cercamiento–, la levadura que produjo a los desocupados, y a su vez determinó que los acontecimientos políticos alcanzaran la resonancia que lograron.

Afirmar que el "pobrerío" fue el protagonista de las revoluciones del novecientos, no significa decir que las revoluciones tuvieran objetivos sociales. [Barrán-Nahum: 8]

La inclusión de los episodios saravistas en el marco de las estructuras económicas y sociales representó toda una novedad que fue difícil de asimilar. Curiosamente el libro aparece dedicado "Al profesor Juan E. Pivel Devoto…", precisamente uno de los autores que menos podía sentirse atraído por la interpretación propuesta; pero la reacción más fuerte provino desde otro lado y generó un persistente malentendido sobre la tesis central del libro. El prof. Washington Lockhart, en uno de los primeros comentarios al libro[22] señaló una observación que desde entonces ha hecho fortuna:

Creemos que los autores, si bien sacan a luz con exacta visión las condicionantes económicas, no reconocen en toda su relevancia propia los sentimientos que se les derivaran. Si los aluden es como pidiendo disculpas, cuando lo que corresponde es reconocer francamente ese doble o triple fondo en donde cada una de esas zonas psicológicas adquiere relativa autonomía, reconocer que del hambre al hecho hay no desdeñable trecho, condensaciones intermedias que impulsan o frenan, deforman o desvían los motivos que nacen de las necesidades primordiales. [Lockhart: 31]

La observación resulta bastante llamativa porque a la lectura surge claramente la preocupación de los autores por señalar los aspectos que Lockhart observa como ausentes, y no una sino varias veces Barrán y Nahum se preocupan por señalar la importancia de la adhesión partidaria en los movimientos saravistas. En un párrafo que parece una respuesta anticipada a las críticas que formularía Lockhart, dicen los autores:

En relación a este fenómeno histórico –la adhesión a la divisa– nos parece que se corren dos riesgos en nuestra historiografía. El primero, es el de afirmar que su sola existencia es la que determina la extensión y profundidad de las revoluciones blancas. Se ignoran así todas las condicionantes socio-económicas que le permitieron surgir, afianzarse y encontrar su basamento natural en el pobrerío. El segundo peligro es sostener que tal adhesión sentimental fue desdeñable en el estallido de las guerras civiles, ya que éstas sólo se debieron a causas económicas y sociales. Esta posición deja de lado que son tales causas las progenitoras de una mentalidad especial, proclive al predominio del sentimiento sobre la razón, de la relación personal sobre la institucionalizada. Nos parece más coherente sostener que ambos elementos conjugados –el socioeconómico y el psicológico– desempeñaron su papel en el escenario histórico. [Barrán-Nahum: 64]

A pesar de que la crítica de Lockhart puede parecer descaminada, lo que sí resulta claro es que en esta perspectiva estructural las personalidades de los protagonistas quedan especialmente desdibujadas. Saravia y sus lugartenientes, así como sus adversarios, son como figuras que recorren un escenario extraño, donde nada es como parece: los reclamos de los revolucionarios y las protestas de los gubernistas parecen haber sufrido –como en una película–, un "doblaje" que les hace decir cosas diferentes de las que creen decir.

Los estancieros-caudillos estaban más allá o más acá de su tiempo. Todo induce a suponer que no fueron adelantados, sino anacrónicos. Una actitud post-burguesa hubiera implicado también, juzgar y programar la destrucción de la burguesía. Saravia y sus émulos simplemente la despreciaban por su utilitarismo, como los hidalgos españoles. Tuvo la sensibilidad del hombre caritativo, no la de un revolucionario auténtico. Fue capaz de acaudillar al pobrerío, pero no de conducirlo en el sentido histórico del término. No pudo ser –aún habiéndolo deseado– nuestro Emiliano Zapata porque lo que vio fue un gauchaje miserable y disperso en los inmensos fundos, que no reclamaban tierras, como los indios mejicanos, sino carne y "aire libre". A él y a ellos los envolvió la misma emoción partidista, la misma adhesión a la divisa, y si uno tenía objetivos políticos, los otros no tenían –no podían tener– objetivos sociales. Esa carencia hizo que las revoluciones fueran sólo una lucha por el Gobierno, pero realzada, embellecida, por el calor de la divisa y el sacrificio común de jefes y tropa. [Barrán-Nahum: 83-84]

La costumbre ha transformado al Tomo IV en una diatriba contra la adhesión a las divisas, sacrificadas en aras del condicionamiento socioeconómico; la crítica no parece justificada habida cuenta de los ejemplos que hemos mencionado, pero en cambio sí podría señalarse alguna inconsecuencia con respecto a las propias tesis de los autores: por ejemplo, la ausencia de referencias a la clase media rural –uno de los resultados más interesantes de la modernización[23] y cuya vitalidad se consigna en el Tomo III[24] – pero que virtualmente desaparece en el esquema explicativo del Tomo IV. La estructura explicativa plantea una antinomia: clases conservadoras-pobrerío rural que tiene el peso de la dialéctica hegeliana donde "quien no está con una, está con la otra": si se está en contra de la guerra, entonces se está respondiendo a los intereses de las clases altas. En la explicación no parece haber espacio para aquellos que simplemente rechazan la posibilidad de salir a masacrar o ser masacrados por sus semejantes, o para las decenas de miles que prefirieron emigrar del país (en 1904 el Directorio blanco los calculaba en más de 30.000) antes que poner en riesgo su vida: en último término, es menos lo que perdía un rico estanciero (a quien difícilmente la revolución sorprendiera en su estancia) que lo que perdían sus peones, arreados por alguno de los ejércitos para terminar muriendo, olvidados, en alguna cuchilla. Y parece que al identificar al integrante de las "clases cultas" que sirve de portavoz del reclamo no podemos confundirlo como que está sirviendo de exponente exclusivo de su clase social, de la misma manera que no

se confunden los reclamos de los caudillos con las aspiraciones particulares de la clase social a la que pertenece.

En otra perspectiva, John Charles Chasteen[25] plantea un abordaje de las figuras de los hermanos Saravia (Gumersindo y Aparicio) en el marco de un análisis del fenómeno del caudillismo. La idea de Chasteen es analizar el caudillismo desde una perspectiva menos restringida a los aspectos sociales y económicas (un enfoque que vincula con Sarmiento y sus continuadores), y más apoyada en las características del fenómeno en sí mismo.

Todos estos historiadores [...] presentan los intereses económicos como la fuerza rectora del caudillismo hispanoamericano y poco dicen respecto de los líderes como héroes, como atractivas figuras que en algunos casos incitaban, a quienes lo seguían, a la emulación idealista o a la obediencia pragmática. Es este último punto –el caudillo como héroe cultural– el que será enfatizado en este enfoque. [...] Si se parte de la premisa de que el liderazgo debe ser analizado, no tanto en términos de cualidades personales del líder, sino más bien como relación entre líder y seguidores, mi argumento es que [...] el carisma de los hermanos Saravia dependía de cómo se le mirara. Era intensamente personal, pero también se originaba en la valoración colectiva. Los líderes que ejercen una atracción inusual deben encarnar algo de trascendental significación para aquellos que responden a ellos carismáticamente. [Chasteen: 21]

Para concretar este proyecto, Chasteen articula capítulos estrictamente biográficos con análisis estructurales que enmarcan y sirven de explicación a la peripecia biográfica, que de esta forma siempre está presente en el relato. Aunque en alguno de los capítulos (por ejemplo, en “Tiempos difíciles”) se aproxima mucho al enfoque de Barrán y Nahum, en otros se interna en análisis y descripciones poco frecuentes en nuestra historiografía (por ejemplo, “Estados y naciones”, “La voluntad de creer” o “El mito de las patriadas”) donde la mirada se aleja de la clásica historia de matriz política o económica y se interna en abordajes de carácter más antropológico. Todo esto contribuye a la construcción de un retrato creíble (y sostenible) de las figuras que le dan pretexto.

Importa señalar que, si bien la revolución federalista riograndense y la figura de su caudillo ocupan el mayor espacio del análisis, todo el tramo final está dedicado a las revoluciones saravistas y a la descripción de su líder; y si bien el tratamiento puede parecer marginal, el libro aporta datos importantes sobre Aparicio Saravia. El autor se disculpa de la utilización de algunos materiales en los capítulos dedicados a la biografía, (“Estos capítulos, necesariamente se hacen eco de relatos previos sobre las campañas de los Saravia, recogidos por la tradición oral, por diarios, folletos, y por una serie de biografías partidarias”, pág. 22), es del caso señalar que lo hace con enorme cautela, como por ejemplo en esta referencia donde aparece un ejemplo de lo que el mismo autor llama, en otro lugar del libro [pág. 141], “prefiguraciones” de hechos ya consumados:

En otra historia, un Aparicio de diecisiete años responde al descarado desafío de un vagabundo belicoso, pero éste, luego de echar un vistazo al muchacho, se monta en su caballo y se va. [Chasteen, 117]

Sin embargo, la búsqueda de Chasteen no es vana y arroja interesantísimos resultados; si bien no toma en cuenta la mayoría de los datos que aportan (sin mayores pruebas) las biografías de Saravia, se dedica a hacer una búsqueda en fuentes no precisamente ignotas (archivos judiciales y policiales, la colección del periódico “El deber cívico” de Melo, los padrones locales...) y allí redescubre el rápido ascenso de Saravia al liderazgo de su partido. En el cuadro que surge de la investigación de Chasteen, Saravia era un vecino poco destacado en Cerro Largo donde sus hermanos Gumersindo y Chiquito aparecían como las figuras más relevantes en una familia particularmente opaca (“El deber cívico”, en julio de 1896 se siente en el caso de informar que la familia del jefe de la revolución federalista vivía en Cerro Largo desde hacía cuarenta años). También de las crónicas del mismo periódico el autor rescata un testimonio fidedigno de la actuación política de Aparicio antes de 1896, aunque esta no es demasiado destacada y probablemente desentonaría en cualquiera de sus biografías (ver págs. 154-155). Pero en el repaso de esta documentación surge un paralelismo interesante entre los comportamientos de los Saravia (particularmente de Chiquito) y el de su odiado rival Justino Muniz, que Chasteen se encarga de señalar:

En 1890, unos pocos Saravia agregaron su nombre a la lista de 1450 opositores de Muniz en Cerro Largo, pero Aparicio y Chiquito aparentemente tuvieron sus dudas. Chiquito prefirió no oponerse a Muniz, dado que estaba por asumir el cargo en de comisario en el vecindario de los Saravia e iba a tener que trabajar dentro de la es-

fera de influencia de Muniz. Por eso, la adecuación de los Saravia al gobierno municista de Cerro Largo les permitió continuar controlando su comisaría a mediados de los años 1890, pasándola eventualmente de Chiquito a Benito Viramontes, un cuñado. [*Y concluye Chasteen:*] En tanto pudieran ejercer el poder oficial directamente en su propio vecindario, los Saravia estaban dispuestos a llevarse bien con Muniz, del mismo modo que Muniz, por su parte, estaba dispuesto a suministrar votos al gobierno nacional (abiertamente colorado desde 1887) a cambio de contar con el apoyo del gobierno colorado al gobierno municista de Cerro Largo. [Chasteen: 154]

Este conjunto de datos permite plantear el problema del liderazgo de Aparicio Saravia en otros términos: en 1893 se trataba de un "desconocido", y no había ninguna predestinación al liderazgo, ninguna aureola –ya perceptible en 1870 cuando se habría escapado de Montevideo para "participar" y conquistar sus primeros grados militares en la revolución de las lanzas– que fuera visible para los buscapleitos rurales cuando Aparicio apenas tenía diecisiete años. También pierde base la construcción que imagina a un Aparicio indignado por los "atropellos" cometidos por los municistas, y ansioso por ponerles fin. Por el contrario lo que parece ocurrir es un feliz encuentro entre una masa pronta para movilizarse pero que no encuentra un jefe de suficiente estatura para ponerlo a su frente, y un vecino que conquistó sus laureles militares en una revolución que acababa de terminar en un país vecino. Chasteen no ahorra oportunidad para señalar esta ausencia de antecedentes: califica el ascenso de Aparicio de "meteórico", "instantáneo", "sorpresivo", "repentino"; y tal vez lo más enriquecedor del libro se encuentre en esa renovación de la mirada, que en realidad es un "volver atrás" a los tiempos de la crónica de Muñoz Miranda. Por esa razón Chasteen saltea toda la construcción posterior y vuelve a instalarse en los relatos originales.

Aparicio no se definía por una mirada hipnotizante y no irradiaba un magnetismo personal inusual. En el curso de la investigación, uno no se encuentra con anécdotas sobre ocasionales transeúntes que se volviesen súbitamente hechizados por haberse cruzado con él accidentalmente. La respuesta a su carisma tampoco parece ser importante en la preparación de la insurrección de 1896 [...] De igual modo, en la *Crónica de la insurrección: sus orígenes, sus comienzos, su marcha y su derrota,* un folleto de 1896, señala precisamente que el prestigio de Aparicio estaba, en esa época, significativamente «fortalecido por el de su finado hermano, mas poderoso y merecido que el suyo propio». La serie de folletos titulada El *eco de la guerra: episodios de la presente campaña con ilustraciones de los principales jefes que actúan en esta: biografías, episodios, anécdotas, sacrificios, rasgos de heroísmo, etc.,* que apareciera durante la insurrección de 1897, hace un retrato de Aparicio como si se tratara de uno más de una galería de líderes, no como la figura arrolladoramente central en que habría de convertirse en las descripciones retrospectivas de la guerra. Aparentemente Aparicio habría captado a sus primeros seguidores sobre todo porque era el único general experimentado disponible, y solo se iría convirtiendo en héroe trascendente de forma gradual, en el transcurso mismo de la guerra, y después de esta, como resultado de la victoria. [Chasteen: 179-180]

Probablemente los capítulos "El vecino alzado en armas" y "De marzo de 1897 a setiembre de 1904" (págs. 179-204) sea la más completa revisión de los relatos que circulan sobre las virtudes de Aparicio Saravia como militar y como político, y un ejemplo de reconstrucción crítica de realidades históricas, como es el caso del análisis de la correspondencia intercambiada entre Basilisio y Aparicio en 1897. En su descripción, Chasteen estampa una frase que es imposible que aparezca en ninguna de las biografías de Aparicio, a pesar de que sus fundamentos están a la vista en todas ellas: "Como el segundo líder político de mayor influencia en Uruguay, Aparicio era un perfecto ejemplo de indecisión" [pág. 202]

**Final de este repaso.**

En este recorrido he tratado de comparar la bibliografía sobre Aparicio Saravia que aparece disponible en bibliotecas públicas y privadas y que son la fuente de donde los docentes pueden echar mano a la hora de buscar información o documentos para sus clases. El conjunto aparece fuertemente desequilibrado, con solamente dos enfoques claramente historiográficos y muchos relatos biográficos.

El repaso de las biografías dedicadas a Aparicio Saravia permite poner a la vista el partidarismo que es característico de estos enfoques, lo que establece condiciones –que son ajenas a la crítica histórica pero que resultan absolutamente infranqueables– para la incorporación o la eliminación de datos. Por ejemplo, para un partido de corte tradicionalista importan mucho los "antecedentes" de sus prohombres, y esto ha

hecho que el pasado del caudillo se vaya extendiendo progresivamente en el tiempo desde lo que era una reciente y notoria experiencia revolucionaria en Río Grande (tan conocida que ni siquiera merecía ser mencionada; recuérdese la crónica de J. Muñoz Miranda) hasta la contradictoriamente postulada participación en las revoluciones anteriores, especialmente en la de 1870 donde de un relato a otro va ascendiendo hasta el grado de "cabo", y aún en la de 1875 donde la piedad filial de Nepomuceno Saravia propone que habría sido ascendido a "alférez" [Saravia: 19]. Igual proceso de expansión muestra la importancia de Aparicio Saravia en el proceso de conquista de la libertad de sufragio y de la representación de las minorías: sugestivamente su nombre no apareció mencionado cuando se aprobaron las garantías electorales en la Constituyente de 1916 (aunque entonces se señaló la conquista como un logro largamente anhelado por el Partido Nacional), pero progresivamente se ha ido transformando en "sentido común social" y el mismo Mena en el prólogo a la edición del libro de Chasteen le hace el "reproche" de que no mencione que Aparicio Saravia es "a su modo y dentro del campo de su acción, uno de los progenitores de la democracia uruguaya" [Chasteen: 13].

Esta construcción de "memoria saravista" también supone olvidos importantes. Solamente Nepomuceno Saravia se extiende en describir la lucha por la propiedad del capital simbólico que representaba la figura del caudillo, que se desarrolló en el Partido Nacional a partir de 1930 y tuvo a Herrera como uno de sus principales protagonistas y, en último término, principal beneficiario. Pero quizás el olvido más señalable incluya a las referencias a la conspiración contra la vida de Saravia. Como vimos, quien le dedica más espacio es Monegal, pero éste se limita a referirla en líneas generales por no ofender la memoria de "nombres y apellidos de magnífica resonancia". La cautela que exhibe Monegal para poner en palabras un hecho que parece estar en la memoria de todos, su autoinhibición para citar a los involucrados en un intento de asesinato, deja claramente a la vista las barreras que se han autoimpuesto los autores de las biografías de Aparicio Saravia que militan en el que fuera su partido: la tarea de redacción de una biografía del caudillo no se emprende con la intención de profundizar el conocimiento del personaje, sino para reposicionarlo en el presente del autor y en beneficio de lo que se entiende son los intereses del Partido. Si se observa de esta manera, adquieren sentido las discontinuidades de la preocupación de sus biógrafos ya que tanto la aparición como la des-aparición de las biografías se corresponden con momentos críticos en la vida del Partido Nacional.

Durante las décadas posteriores a la revolución de 1904, primero los conflictos internos del Partido y luego la recientemente conquistada coparticipación electoral volvían particularmente incómoda toda referencia al caudillo: recuérdese que por mucho tiempo el uso político del adjetivo "saravista" invocaba el desorden y la subversión permanente. Los episodios de 1942 (el "golpe bueno", la pérdida del tratamiento privilegiado que tenía el herrerismo en la Constitución de 1934 y la separación del "Partido Nacional Independiente") pueden explicar la preocupación de Monegal por mostrar un pasado dominado por un caudillo infinitamente bueno y justo, capaz de perdonar las mayores ofensas en atención al interés del Partido: en su relato se refleja el cuidado por no afectar la memoria de ninguno de los actores históricos, y donde incluso tiene palabras comprensivas para Justino Muniz y para Acevedo Díaz. Más adelante, los homenajes de 1956 parecieron una buena oportunidad para poner al día algunos debates del pasado y fue entonces cuando Ponce de León encontró un dispositivo conceptual para elevar a Aparicio Saravia por encima del nivel de un héroe partidario y proyectarlo como una figura cuya dimensión trascendía los límites del su colectividad política. Pero luego transcurrieron los años de gobierno nacionalista donde podía resultar impolítica la invocación de la figura de un guerrero que se levantó contra los gobiernos constituidos.

Recién cuando la dictadura impuso la prohibición de la actividad política y los partidos quedaron privados de sus mecanismos habituales de acción pública, reaparecieron las biografías de Aparicio Saravia; pero en este caso, a diferencia de lo que había ocurrido anteriormente, importaba marcar la línea del "auténtico" Partido Nacional y separarlo de los colaboradores de la dictadura: no olvidemos que la etapa "cívico-militar" mostró otra lucha por el dominio de la figura de Saravia cuando el gobierno de Aparicio Méndez (nacido en 1904 y llamado así en honor al caudillo blanco) inauguró el Museo en Santa Clara de Olimar, el 10 de setiembre de 1978. En ese contexto de prohibiciones y lucha por las identidades políticas, se explica la preocupación impulsada por el "fervor saravista" de Castellanos al compilar "lo mejor del pasado"; y también se encuentra, en la firmeza de Mena para señalar las conductas erráticas del pasado, el deseo de marcar a los inconsecuentes de aquel presente. Pero en todo este itinerario, el conocimiento de la tra-

yectoria de Aparicio Saravia queda sumergido en la percepción que cada autor tiene de las necesidades coyunturales del Partido Nacional.

El espacio para la historiografía ha sido mucho más estrecho: solamente dos ejemplos en más de treinta años, parece mostrar que los historiadores han abandonado el espacio a sus colegas más comprometidos con el partido blanco. Evidentemente, no aparece fácil encontrar un abordaje historiográfico al tema del saravismo; y cuando alguno de esos abordajes alcanzan a ser publicados, puede ocurrir que sean comprendidos a medias, como es el caso del Tomo IV.

Sin embargo, el ejemplo del libro de Chasteen muestra que el abordaje historiográfico puede dar mucho provecho. Más que demostrar la equivocación del oficial que le dijo que "hasta que no pudiera montar a caballo, beber mate, fumar un cigarrillo de chala y jugar a las cartas como un gaucho, no sería capaz de escribir una biografía creíble de los Saravia" [209-210], el trabajo de Chasteen pone a la vista las falencias de los "estudios históricos" que circulan sobre Aparicio odavía, y la necesidad de enfocar la temática desde nuevas perspectivas. No cabe duda que, en la medida que las exigencias políticas del momento lo reclamen, los militantes de su partido se lanzarán a colacionar los viejos relatos para componer "nuevas" biografías del caudillo, pero odavía queda mucho territorio para el trabajo de los historiadores que, de hecho, recién han comenzado esa tarea.

**Bibliografía.**


Ardao, Arturo y Julio Castro, "Vida de Basilio Muñoz. Hombre de ayer, de hoy y de mañana", Montevideo: Acción, 1938.

Barrán, José P. y Benjamín Nahum, "Historia rural del Uruguay moderno", Tomo I, Montevideo: EBO, 1967,

Barrán, José P. y Benjamín Nahum, "Historia social de las revoluciones de 1897 y 1904" ("Historia rural del Uruguay moderno", T. IV), Montevideo: EBO, 1972.

Barrán, José P. y Benjamín Nahum, "Recuperación y dependencia"; ("Historia rural del Uruguay moderno", Tomo III), Montevideo: EBO, 1973.

Castellanos, Alfredo, "Aparicio Saravia. El caudillo y su tiempo", Montevideo: ARCA, 1975.

Chasteen, John Charles, "Héroes a caballo. Los hermanos Saravia y su frontera insurgente." Montevideo: Aguilar–Fundación Bank Boston, 2002

de Herrera, Luis Alberto, "Por la patria" (2 vols.), Montevideo, Cámara de Representantes, 1990

de Viana, Javier, "Con divisa blanca", Montevideo: ARCA, 1967

Díaz, José Virginio, "Vida de Saravia. Contribución al estudio del caudillaje en América.", Montevideo: Talleres Gráficos A. Barreiro y Ramos, 1920

González, Ramón P., "Aparicio Saravia en la revolución de 1904", Montevideo: Florensa y Lafón, 1949.

González, Ramón P., "Aparicio Saravia en la revolución de 1904", Montevideo: Florensa y Lafón, 1949.

Lockhart, Washington, "Base social de las revoluciones de Saravia", Marcha, Nº 1626 (5/I/1973), 31.

Mena Segarra, C. Enrique, "Aparicio Saravia, las últimas patriadas", Montevideo: EBO, 1977. Colección "Los hombres" Nº 12.

Monegal, José , "Vida de Aparicio Saravia", Montevideo: A. Monteverde y Cía., 1942.

Muñoz Miranda, Joaquín, "La Revolución de los Comicios", revista "La Alborada" (Dir. Constancio C. Vigil), Montevideo: 24 de marzo de 1898.

Orique, Bernardino, "Apuntes Históricos del General Nacionalista don Juan José Muñoz. Con una biografía, por el señor Bernardino Orique", Montevideo: Barreiro y Ramos S.A., 1952

Payró, Roberto J., "Crónica de la revolución oriental de 1903", Montevideo: EBO, 1967.

Ponce de León, Luis, "Aparicio Saravia. Héroe de la libertad de sufragio", Montevideo: Barreiro y Ramos S.A., 1956.

Reyes Abadie, Washington, "Aparicio Saravia y el proceso político-social del Uruguay", Montevideo: Ediciones el Río de la Plata, 1963.

Reyes Abadie, Washington, "Crónica de Aparicio Saravia" (2 vols.), Montevideo: El Nacional, 1989.

Saravia García, Nepomuceno, "Memorias de Aparicio Saravia", Montevideo, Editorial Medina, 1956.


**NOTAS:**

1 de Herrera, Luis Alberto, "Por la patria", Montevideo, Cámara de Representantes, 1990 (1ª edición: 1898).

2 Payró, Roberto J., "Crónica de la revolución oriental de 1903", Montevideo: EBO, 1967.

3 Las citas corresponden a de Viana, Javier, "Con divisa blanca", Montevideo: ARCA, 1967 (1ª edición, Buenos Aires, 1904).

4 Es curioso observar en las biografías dedicadas a los lugartenientes de Saravia, si bien todos tejen elogios sobre las virtudes de Aparicio como militar y estratega siempre hay párrafos en los que ante alguna circunstancia crítica, el biografiado le aconseja precisamente aquella estrategia que hubiera salvado al ejército de la derrota, pero que es desoído por Saravia. Ver Orique, o Ardao-Castro.

5 Díaz, José Virginio, "Vida de Saravia. Contribución al estudio del caudillaje en América.", Montevideo: Talleres Gráficos A. Barreiro y Ramos, 1920.

6 "Con divisa blanca", Vicente Matera, Buenos Aires; Antonio de Angeli, Montevideo, s/f.

7 Monegal, José , "Vida de Aparicio Saravia", Montevideo: A. Monteverde y Cía., 1942.

8 La experiencia revolucionaria de Aparicio antes de 1893 aparece mencionada en Herrera: "Cuando estalla la revolución del

70, sigue a su hermano Gumersindo, que con todo de ser muy joven se alista en el movimiento." (Herrera: I, 71). Esta versión es claramente incompatible con la de Monegal.

9 Conviene aclarar que el propio José Monegal, en la suerte de introducción a su libro que denomina "Paréntesis", aclara que su relato "no se encuentra libre de errores" especialmente porque "están en plena florescencia las pasiones que aquella vida admirable hizo nacer" [Monegal: 10].

10 Gálvez, Manuel: "Vida de Aparicio Saravia", Buenos Aires: Imprenta López, 1942.

11 González, Ramón P., "Aparicio Saravia en la revolución de 1904", Montevideo: Florensa y Lafón, 1949.

12 Saravia García, Nepomuceno, "Memorias de Aparicio Saravia", Montevideo, Editorial Medina, 1956.

13 Ponce de León, Luis, "Aparicio Saravia. Héroe de la libertad de sufragio", Montevideo: Barreiro y Ramos S.A., 1956.

14 Véase el comentario que hace del articulado: "en la letra y en el fondo se 've' la razón y la justicia que prestigiaban nuestro levantamiento armado. No se cumplió la parte final del artículo 1º [referida a la entrega de las armas], y no se especificaba ni los departamentos ni el número de los mismos que iban a ser ungidos con Jefes Políticos blancos; eso fue motivo de arreglo confidencial o no [*sic*]; lo cierto es que con el Pacto de la Cruz, el Partido Nacional consiguió conquistas importantes…" [Saravia: 135]

15 Reyes Abadie, Washington, "Aparicio Saravia y el proceso político-social del Uruguay", Montevideo: Ediciones el Río de la Plata, 1963.

16 Mena Segarra, C. Enrique, "Aparicio Saravia, las últimas patriadas", Montevideo: EBO, 1977. Colección "Los hombres" Nº 12.

17 Castellanos, Alfredo, "Aparicio Saravia. El caudillo y su tiempo", Montevideo: ARCA, 1975.

18 En 1989, W. Reyes Abadie recopiló muchos de los relatos que circulan en la biografías de Saravia y las publicó con el título de "Crónica de Aparicio Saravia" (Ver Bibliografía).

19 Particularmente la parte 2. "Los elementos militares" del Capítulo V: "Como fueron las revoluciones".

20 En la biografía del caudillo nacionalista Juan José Muñoz, que fuera designado Jefe Político de Maldonado luego de la revolución de 1897, dice Bernardino Orique: "Maldonado políticamente era –y sigue siendo todavía– uno de los más fuertes baluartes colorados. […] La Jefatura nacionalista implicaba, pues, para muchos, un doble despojo…" ["Apuntes Históricos del General Nacionalista don Juan José Muñoz. Con una biografía, por el señor Bernardino Orique", Montevideo: Barreiro y Ramos S.A., 1952, 17].

21 Barrán, José P. y Benjamín Nahum: "Historia social de las revoluciones de 1897 y 1904" ("Historia rural del Uruguay moderno", T. IV), Montevideo: EBO, 1972.

22 Lockhart, Washington, "Base social de las revoluciones de Saravia", Marcha, Nº 1626 (5/I/1973), 31.

23 Ver "Historia rural…", Montevideo: EBO, 1967, Tomo I págs. 171-173.

24 "Resumiendo: la clase media rural demostró su carácter dinámico incrementando la producción lanar; se fortificó el ovino y pareció ligar su suerte a esa especie. […] Desde el punto de vista de su influencia económica, social y política, en consecuencia, su peso fue minoritario" (Barrán-Nahum: "Recuperación y dependencia"; "Historia rural del Uruguay moderno", Tomo III, Montevideo: EBO, 1973, pág. 222).

25 Chasteen, John Charles: "Héroes a caballo. Los hermanos Saravia y su frontera insurgente." Montevideo: Aguilar–Fundación Bank Boston, 2002.